
PSICOANÁLISIS Y ARTE: LOS POETAS Y SUS POEMAS.

Carmen Morales Miranda

Resumen

La autora hace, en base a extractos de algunos poemas de poetas suicidas, un análisis profundo, desde la perspectiva psicoanalítica, para tratar de entender las motivaciones del suicidio; los conceptos de melancolía, mente y decepción

Abstract

In order to understand suicide motivations, the author analyzes in detail the melancholy, mind and disappointment concepts from a psychoanalytical point of view, based on extracts of poems written by suicides.

PALABRAS CLAVES: Psicoanálisis, Arte, Suicidio.

KEY WORDS: Psychoanalyses, Art, Suicide.

Datos de la Autora

CARMEN MORALES MIRANDA. Psicoterapeuta Psicoanalítica. Magister en Psicología Clínica y de la Salud, UNIFE. Docente titular de Metapsicología y Psicopatología de la Escuela del Centro de Psicoterapia Psicoanalítica de Lima. Docente de Pre-grado de la UNIFE. Miembro de la Asociación Peruana de Medicina Psicosomática y de la Asociación de Psicoterapia Psicoanalítica.

“El Paciente:

*Doctor, un desaliento de la vida que
En lo último de mi se arraiga y nace,
El mal del siglo....*

*Un cansancio de todo, un absoluto
Desprecio de lo humano ... un incesante
Renegar de lo vil de la existencia,
Un malestar profundo que se aumenta,
Con todas las torturas del análisis ...*

El Médico:

*Eso es cuestión de régimen. Camine
De mañanita : duerma largo, báñese,
Beba bien, coma mucho, cuídese mucho,
LO QUE TIENE USTED ES HAMBRE.”*

“El mal del siglo”, José Asunción Silva

(Poeta colombiano; se suicida a los 31 años)

¿A qué hambre se refiere? Primero a un hambre biológico, que si no se satisface, el bebé muere. Pero para vivir surge luego la necesidad de satisfacción de otro hambre, el de alimentar el hambre psíquico, frente al cual sino el hombre también muere.

El bebé al nacer siente una gran excitación. Primero puramente biológica y a través del llanto y pataleo, va a reclamar ayuda. En este momento estamos hablando de un hambre puramente biológico y que encuentra su descarga cuando recibe el alimento, la leche. Esa es una primera etapa, satisface un nivel, el biológico.

Al recibir esta ayuda externa, ya se produce una alteración. Hay alguien que en el mundo externo brinda la ayuda requerida, es esta, la madre o alguien que cumple esta función, la cual hace cesar la tensión. Esta acción, llamada por Freud, acción específica va a dar lugar a una sensación especial en la mente del niño : la primera experiencia de satisfacción. Es en estos momentos que, al introducirse

modificaciones externas e internas, se va formando el psiquismo, merced a huellas mnémicas. La experiencia de satisfacción forma la huella mnémica, origen del deseo, del objeto deseado y de la alucinación. La alucinación opera por medio de la identidad de percepción – alucinación del objeto deseado percibido como idéntico al real – que se produce como consecuencia de la repetición de la experiencia de satisfacción .

*“...me encontraste en la mitad de todos mis caminos
y avanzaste lentamente hasta inundar
todos los rincones de mi vida.
Ahora,
Soy la mujer que sigue
Sigilosamente
Tus pasos
La que aguarda en cada esquina tu llegada,
Soy la mujer incondicional
Que nada pide a cambio
La que siempre te recibe
Y te abre las piernas sin chistar.
Soy la mujer,
Que guarda tus más gratos recuerdos;
La que nunca olvidará tu nombre
Soy la mujer que conservará como un tesoro
Todos tus orgasmos
Tu desesperada forma de amarme.
Soy la mujer,
Tu mujer,
Y te amaré
Hasta entregarte toda mi piel”.*

María Emilia Cornejo, “En la Mitad del Camino Recorrido”.
(poeta Peruana, se suicida a los 23 años)

Freud, en *Duelo y Melancolía* (1915), señala que en la melancolía se singulariza en lo anímico por una desazón profundamente dolida, una cancelación del

interés por el mundo exterior, la pérdida de la capacidad de amar, la inhibición de toda productividad y una rebaja en el sentimiento de sí que se exterioriza en autorreproches y autodenigraciones y se extrema hasta una delirante expectativa de castigo.

En el duelo, el examen de realidad ha mostrado que el objeto amado ya no existe más, y de él emana ahora la exhortación de quitar toda libido de sus enlaces con ese objeto.

A ello se opone una comprensible renuencia; universalmente se observa que el hombre no abandona de buen grado una posición libidinal, ni aun cuando su sustituto ya asoma. Esa renuencia puede alcanzar tal intensidad que produzca un extrañamiento de la realidad y una retención del objeto por vía de una psicosis alucinatoria de deseo. Lo normal es que prevalezca el acatamiento a la realidad. Pero la orden que esta imparte no puede cumplirse enseguida. Se ejecuta pieza por pieza con un gran gasto de tiempo y de energía de investidura, y entretanto la existencia del objeto perdido continúa en lo psíquico. Cada uno de los recuerdos y cada una de las expectativas en que la libido se anudaba al objeto son clausurados, sobreinvertidos y en ellos se consume el desasimiento de la libido.

La melancolía puede ser una reacción frente a la pérdida de un objeto amado; en otras ocasiones, puede reconocerse que esa pérdida es de naturaleza más ideal. El objeto tal vez no está realmente muerto, pero se perdió como objeto de amor (P. Ej., el caso de una novia abandonada). Y en otras circunstancias nos creemos autorizados a suponer una pérdida así, pero no atinamos a discernir con precisión lo que se perdió, y con mayor razón podemos pensar que tampoco el enfermo puede apresar en su conciencia lo que ha perdido. Este caso podría presentarse aun siendo notoria para el enfermo la pérdida ocasionadora de la melancolía : cuando él sabe a quién perdió, pero no lo que perdió en él. Esto nos llevaría a referir de algún modo la melancolía a una pérdida de objeto sustraída de la conciencia, a diferencia del duelo, en el cual no hay nada inconsciente en lo que atañe a la pérdida.

El melancólico muestra todavía algo que falta en el duelo, una extraordinaria rebaja en su sentimiento yoico, un enorme empobrecimiento del yo. En el duelo, el mundo se ha hecho pobre y vacío; en la melancolía, eso le ocurre al yo mismo. El enfermo nos describe a su yo como indigno, estéril y moralmente despreciable,

se hace reproches, se denigra y espera repulsión y castigo. Se humilla ante todos los demás y conmisera a cada uno de sus familiares por tener lazos con una persona tan indigna. No juzga que le ha sobrevenido una alteración, sino que extiende su autocrítica al pasado; asevera que nunca fue mejor. El cuadro de este delirio de insignificancia –predominantemente moral- se completa con el insomnio, la repulsa del alimento y un desfallecimiento, en extremo asombroso psicológicamente, de la pulsión que compele a todos los seres vivos a aferrarse a la vida.

Inferir que él ha sufrido una pérdida en el objeto; pero de sus declaraciones surge una pérdida en su yo, que en una parte del yo se contrapone a la otra, la aprecia críticamente, la toma por objeto.

Si con tenacidad se presta oídos a las querellas que el paciente se dirige, llega un momento en que no es posible sustraerse a la impresión de que las más fuertes de ellas se adecuan muy poco a su propia persona y muchas veces, con levísimas modificaciones, se ajustan a otra persona a quien el enfermo ama, ha amado o amaría.

Los autorreproches como reproches contra un objeto de amor, que desde este han rebotado sobre el yo propio.

Hubo una elección de objeto, una ligadura de la libido a una persona determinada; por obra de una afrenta real o un desengaño de parte de la persona amada sobrevino un sacudimiento de ese vínculo de objeto. El resultado no fue el normal, que habría sido un quite de la libido de ese objeto y su desplazamiento a uno nuevo, sino otro distinto, que para producirse parece requerir varias condiciones. La investidura de objeto resultó poco resistente, fue cancelada, pero la libido libre no se desplazó a otro objeto sino que se retiró sobre el yo. Pero ahí no encontró un uso cualquiera, sino que sirvió para establecer una identificación del yo con el objeto resignado. La sombra del objeto cayó sobre el yo, quien, en lo sucesivo, pudo ser juzgado por una instancia particular como un objeto, como el objeto abandonado. De esa manera, la pérdida del objeto hubo de mudarse en una pérdida del yo, y el conflicto entre el yo y la persona amada, en una bipartición entre el yo crítico y el yo alterado por identificación.

Tiene que haber existido, por un lado, una fuerte fijación en el objeto de amor y, por el otro y en contradicción a ello, una escasa resistencia de la investidura de

objeto. La identificación narcisista con el objeto se convierte entonces en el sustituto de la investidura de amor, lo cual trae por resultado que el vínculo de amor no deba resignarse a pesar del conflicto con la persona amada.

El análisis de la melancolía nos enseña que el yo sólo puede darse muerte si en virtud del retroceso de la investidura de objeto puede tratarse a sí mismo como un objeto, si le es permitido dirigir contra sí mismo esa hostilidad que recae sobre un objeto y subroga la reacción originaria del yo hacia objetos del mundo exterior. Así, en la regresión desde la elección narcisista de objeto, este último fue por cierto cancelado, pero probó ser más poderoso que el yo mismo. En las dos situaciones contrapuestas del enamoramiento más extremo y del suicidio, el yo, aunque por caminos enteramente diversos, es sojuzgado por el objeto.

El complejo melancólico se comporta como una herida abierta, atrae hacia sí desde todas partes energías de investidura y vacía al yo hasta el empobrecimiento total; es fácil que se muestre resistente contra el deseo de dormir del yo.

En la melancolía se urde una multitud de batallas parciales por el objeto, en ellas se enfrentan el odio y el amor, el primero pugna por desatar la libido del objeto, y el otro por salvar del asalto esa posición libidinal. En que la investidura libidinal amenazada abandona finalmente al objeto, pero sólo para retirarse al lugar del yo del cual había partido. De este modo el amor se sustrae de la cancelación por su huida al interior del yo. Tras esta regresión de la libido, el conflicto entre una parte del yo y la instancia crítica.

*“Vendrá la muerte y tendrá tus ojos
esta muerte que nos acompaña
de la mañana a la noche, insomnio, sorda como un viejo
remordimiento
o un vicio absurdo, tus ojos
serán una vana palabra,
un grito callado, un silencio.*

*Así lo ves cada mañana
cuando sobre ti te inclines
En el espejo, oh esperanza querida,*

*Ese día sabremos también nosotros
Que eres la vida y eres la nada”.*

Vendrá la muerte y tendrá tus ojos, Cesare Pavese
(Se suicida a la edad de 42 años)

Recurso al mismo Pavese para la interpretación de su Poema;

“Hay que haber sentido el deseo desordenado de la autodestrucción. No hablo del suicidio: gente como nosotros, enamorada de la vida, de lo imprevisto, del placer de contarla, no puede llegar al suicidio más que por imprudencia. Y, además, el suicidio se ve ya como uno de aquellos heroísmos míticos, de aquellas fabulosas afirmaciones de una dignidad humana ante el destino, que interesan por su solemnidad pero no tienen que ver con nosotros.

El autodestructor es un tipo a la vez desesperado y utilitario. El autodestructor se esfuerza en descubrir dentro de sí todos los vicios, todas las vilezas, y de orientar estas disposiciones hacia su propia supresión, observándolas, embriagándose con ellas, disfrutándolas. El autodestructor está en definitiva más seguro de sí mismo que todos los vencedores del pasado; sabe que el hilo del apego al mañana, a lo posible, al prodigioso futuro, es un cable más fuerte –cuando se trata del último estirón- que no sé qué fe o integridad.

El autodestructor es sobre todo un comediante y un dueño de sí mismo. No pierde ninguna oportunidad de sentirse y de ponerse a prueba. Es un optimista. Lo espera todo de la vida y se va afinando para dar bajo las manos del acaso futuro los sonidos más agudos y significativos. El autodestructor no puede soportar la soledad.

Pero vive en un peligro continuo: que le sorprenda un frenesí de construcción, de arreglo, un imperativo moral. Entonces sufre sin remisión, y hasta podría matarse.

Hay que observar bien esto: en nuestros tiempos, el suicidio es un modo de desaparecer, se comete tímidamente, silenciosamente, anonadadamente. No es un hacer, es un padecer”.

Germaine Guex, en su libro “Neurosis de abandono”, refiere que existe una estructura abandónica, en donde sostiene que en los pacientes cuya vida psíquica está dominada por problema de la seguridad afectiva y el temor del abandono, constituyen casos de una neurosis diferente. Aquí estamos en presencia de individuos, detenidos en un estadio primitivo, donde la fuerza instintiva y afectiva parece drenada en un solo sentido, dominada por una sola urgencia, asegurarse el amor y, por su intermedio, mantener la seguridad.

El abandónico, aspira al sentimiento de fusión con otro ser (la madre) y no al sentimiento de la relación, que ni siquiera concibe.

Sostiene que es un estado psíquico dominado por la angustia del abandono y no la de un hecho familiar y social que posea, forzosamente, realidad objetiva. No se trata de accesos súbitos de la enfermedad y de una aparición brusca de síntomas, sino de un estado crónico que se remonta a la infancia, en el cual desde entonces y de manera notoria perturbó el carácter y el comportamiento, estado que de pronto se hace más difícil de soportar, a veces intolerable, como consecuencia de la angustia inicial a raíz de una circunstancia exterior.

El abandónico frente a la muerte, no puede permanecer ajeno ante el problema de la muerte. El, a quien la idea de las separaciones oprime hasta la angustia, a quien obsesiona la pérdida del ser amado, que aspira a la posesión total y eterna del amor, no puede dejar de ver en la muerte la gran amenaza o la última liberación. La muerte adquiere un carácter obsesivo y mueve mucha angustia, por sus lazos inconscientes con separaciones o abandonos traumáticos. La muerte es temida no en tanto es un hecho sino en tanto constituye símbolo de experiencias vividas. Para muchos abandónicos, la muerte es algo muy distinto de una destrucción: es un cumplimiento. No significa un alejamiento, sino una unión; no una lucha sino un reposo. La noción de muerte benéfica se encuentra con la misma frecuencia y no con menos fuerza entre aquellos que carecen de creencias religiosas o filosóficas o como en aquellos que creyentes, simplemente es algo que les asegura un más allá. Es un plano primitivo muy cercano a la magia, es la muerte que ha llegado a ser aquello que todo lo arregla, lo que sosiega y repara. La vida no podría vivirse, sin la certeza de que esto terminara una vez. Para otros la posesión del ser amado sólo es completa en la muerte.

“Para un poeta, es difícil o también muy fácil. Un poeta se complace en hundirse en un estado de ánimo y se lo disfruta –ésta es la huida de lo trágico. Pero un poeta no debería olvidar nunca que un estado de ánimo todavía no es nada para él, que lo que cuenta para él es la poesía futura. Este esfuerzo de frialdad utilitaria es su tragedia”.

(El Oficio de Vivir, Cesare Pavese)

Sylvia Plath

Filo

La mujer alcanzó la perfección.

Su cuerpo

Muerto muestra la sonrisa de realización;

La apariencia de una necesidad griega

Fluye por los pergaminos de su toga;

Sus pies

Desnudos parecen decir :

Hasta aquí hemos llegado, se acabó.

Los niños muertos, ovillados, blancas serpientes,

Uno a cada pequeña

Jarra de leche ahora vacía.

Ella los ha plegado

De nuevo hacia su cuerpo; así los pétalos

De una rosa cerrada, cuando el jardín

Se envara y los olores sangran

De las dulces gargantas profundas de la flor de la noche.

La luna no tiene por qué entristecerse,

Mirando con fijeza desde su capucha de hueso.

Está acostumbrada a este tipo de cosas.

Sus negros crepitan y se arrastran.

(De Ariel, 1965)

Cuando Sylvia Plath se separa de su marido escribe compulsivamente sus mejores poemas y publica su novela *La Campana de Cristal*.

En su diario se agolpa las referencias : “*Morir es un arte ... Lo hago excepcionalmente bien*”. A un personaje le describe como : “... *era tan meticulosa para suicidarse como para la limpieza de su casa*”.

El último poema que escribe, la víspera del suicidio, es una despedida irrevocable.

Angel Garma, plantea que una de las motivaciones del suicidio, es la pérdida de un objeto libidinal. El suicida, desea desaparecer de la vida, del mismo modo que para él ha desaparecido su objeto libidinal. Existe, en cierto modo, una identificación con el objeto perdido y también con la suerte acaecida a este objeto.

El suicidio es un acto de autosadismo intenso. El yo realiza una acción agresiva contra sí, de una fuerza tal que consigue destruirse. La pérdida de un objeto libidinal valioso y una agresión vuelta secundariamente contra el yo, son factores que originan en un individuo la idea de buscar la muerte como medio de solucionar sus conflictos.

¿Qué significa entonces la muerte, en las personas con tendencias suicidas? Planteo desde ahí que la muerte, como negación de la existencia, no es la única finalidad del suicida. Los motivos del suicida no los suministra la muerte ni el pensamiento de la muerte, sino la vida misma.

“Sufrir, sufrir, sufrir ¿Y por qué? La vida, yo no la he pedido. Si, si, conozco de memoria la objeción. Hay que esforzarse y cumpliendo con el deber se encuentra la dignidad humana ... Y la idea del suicidio se vuelve maravillosa ...”

(Cesare Pavese)

El suicida al matarse, consigue liberarse de la agresión del medio en que vive, lo que supone para él un triunfo. Tendríamos, de acuerdo a Garma, que el origen de las ideas suicidas, provendrían de otra vertiente.

Otro factor, entonces a considerar en el suicida, es la agresividad. Garma, nos dice, el suicida pretende influir con su muerte en el ambiente que lo rodea. Se da cuenta que su suicidio ocasionará una serie de reacciones afectivas entre las personas que convivían con él, y el pensar en la índole e intensidad de dichas

reacciones, es uno de los motivos que lo impulsan a suicidarse. El suicida, quiere vengarse del ambiente, que ha originado su resolución desesperada. Sabe que, con su muerte paraliza la agresión del ambiente hacia él, y que, además, su muerte es un continuo reproche al exterior. ¿De dónde y por qué esa agresión? Considera que la agresividad es uno de los componentes esenciales del síndrome del abandono, debido a las privaciones sufridas durante la infancia, privaciones reales o fantaseadas. El factor agresivo está presente en la mayoría de los actos, de los pensamientos y de los sentimientos del abandonado. La avidez del abandonado es tan total, y sus temores de perder el objeto tan intensos, que todo sirve de pretexto para reivindicaciones. Todo se convierte en amenazas de frustración, de pérdida.

“Y, mientras estaba escribiendo esta reseña, descubrí que, si quería dedicarme a la crítica de libros, tendría que librar una batalla con cierto fantasma. Y ese fantasma era una mujer, y, cuando conocí mejor a esta mujer, le di el nombre de la protagonista de una famosa poesía. “El Angel de la Casa”. Ella era quien solía obstaculizar mi trabajo, metiéndose entre el papel y yo, cuando escribía reseñas de libros. Ella era quien me estorbaba, quien me hacía perder el tiempo, quien de tal manera me atormentaba que al fin la maté ... La describiré con la mayor brevedad posible. Era intensamente comprensiva. Era intensamente encantadora. Carecía totalmente de egoísmo. Destacada en las difíciles artes de la vida familiar. Se sacrificaba a diario. Si había pollo para comer, se quedaba con el muslo; si había una corriente de aire, se sentaba en medio de ella; en resumen, estaba constituida de tal manera que jamás tenía una opinión o un deseo propio, sino que prefería siempre adherirse a la opinión y al deseo de los demás. Huelga decir que sobre todo era pura. Se estimaba que su belleza constituía su principal belleza. Su mayor gracia eran sus rubores. En aquellos tiempos, los últimos de la reina Victoria, cada casa tenía su Angel. Y, cuando comencé a escribir, me tropecé con él, ya en las primeras palabras. Proyectó sobre la página la sombra de sus alas, oí el susurro de sus faldas en el cuarto. Es decir, en el mismo instante en que tomé la pluma en la mano para reseñar la novela escrita por un hombre famoso, el Angel se deslizó situándose a mi espalda, y murmuró :”Querida, eres una muchacha, escribes acerca de un libro escrito por un hombre. Sé comprensiva, sé tierna, halaga, engaña, emplea todas las artes y astucias de nuestro sexo. Jamás permitas que alguien sospeche que tienes ideas propias. Y, sobre todo, sé pura”. Y el Angel intentó guiar mi pluma”.

En el escrito de Virginia Woolf aparece la descripción de una figura portadora de todos los ideales a los que debe ajustarse una mujer de su época, figura que ella nombra como “El Ángel de la Casa”. La comprensión, el sacrificio, la generosidad y la falta de un deseo propio eran cualidades que definían a la mujer. Encontramos también en el texto una figura que vigila al sujeto exigiéndole estar a la altura de esas representaciones, una figura que empuja al sacrificio del deseo a nombre de unos ideales.

A través de este texto literario se puede identificar dos conceptos de la teoría psicoanalítica, a saber, el ideal del yo y el superyo.

Freud de 1914 “Introducción al Narcisismo”:

“Podemos decir que uno ha erigido en el interior de sí un ideal por el cual mide su yo actual ... La formación del ideal sería, de parte del yo, la condición de la represión. Y sobre este yo ideal recae ahora el amor de sí mismo de que en la infancia gozó el yo real. El narcisismo aparece desplazado a este nuevo yo ideal que, como el infantil, se encuentra en posesión de todas las perfecciones valiosas. Aquí, como siempre ocurre en el ámbito de la libido, el hombre se ha mostrado incapaz de renunciar a la satisfacción de que gozó una vez .. no quiere privarse de la perfección narcisista de su infancia, y si no pudo mantenerla por estorbárselo las admoniciones que recibió en la época de su desarrollo y por el despertar de su juicio propio, procura recobrarla en la nueva forma del ideal del yo. Lo que él proyecta frente a sí como su ideal es el sustituto del narcisismo perdido de su infancia, en la que él fue su propio ideal”.

El ideal del yo es un heredero del complejo de edipo, un producto que tiene una dimensión simbólica, en tanto el sujeto al no ser todo para el otro construye una representación de sí mismo a la que anhela parecerse con el fin de recuperar una satisfacción narcisista, como también con el fin de merecer el amor del otro. Es así como el otro, ingresa en la vida amorosa del sujeto por la vía de los ideales. El sujeto deja de ser el objeto que satisface plenamente al otro, para constituirse en un sujeto que intenta parecerse a sus ideales.

En “Psicología de las Masas”, Freud habla de un primer tiempo en el cual el sujeto prescinde en absoluto del otro. En un segundo momento, el sujeto lo integra como modelo, objeto, auxiliar, adversario.

En “Introducción al Narcisismo”, Freud nombra al superyo como conciencia moral el cual se personifica en el sujeto en forma de voz impersonal. La forma gramatical a través de la cual el superyo entra en el escenario psíquico es el imperativo. Dicha forma gramatical carece de sujeto en el enunciado e impone significantes unarios, es decir, que su ley no promueve la construcción, de sentido, por la falta de un segundo significante. Esta instancia introduce un “Tu debes”, que si bien se vale del lenguaje no se acoge a su estructura y a sus leyes.

Otra característica que Freud le atribuye al superyo es que es una instancia que tiene la función de observar y vigilar los pensamientos y las acciones del sujeto comparándolo con sus ideales.

En el escrito de Virginia Woolf aparece el superyo en esa doble dimensión cuando en forma de voz se presentifica para exigirle a la escritora renunciar a su deseo y ajustarse a los ideales de mujer que imperan en su tiempo.

En el “Malestar en la Cultura” Freud retoma esta versión del superyo en los siguientes términos : “plantea severas exigencias ideales cuyo incumplimiento es castigado mediante una angustia de la conciencia moral”. Esto supone que el superyo siempre tendrá razones para castigar al sujeto ya que éste nunca podrá estar a la altura de los ideales.

Para terminar quiero continuar con el escrito de Virginia Wolff, quien propone un más allá del Angel de la Casa, un más allá en el que se reencuentra con su deseo y en el que se ve precipitada a un vacío de respuestas en relación a lo que significa ser una mujer.

“Me volví hacia el Angel y le eché las manos al cuello. Hice cuanto pude para matarlo. Mi excusa, en el caso de que me llevaran ante los tribunales de justicia, sería la legítima defensa. Si no lo hubiera matado, él me hubiera matado a mí. Hubiera arrancado el corazón de mis escritos. Sí, por cuanto, en el mismo momento en que puse la pluma sobre el papel, descubrí que ni siquiera la crítica de una novela se puede hacer, sin tener opiniones propias, sin expresar lo que se cree de verdad, acerca de las relaciones humanas, de la moral y del sexo. Y, según el Angel de la Casa, las mujeres no pueden tratar libre y abiertamente esas cuestiones. Deben servirse del encanto, de la conciliación, deben, dicho sea lisa y llanamente, decir mentiras si quieren tener éxito. En consecuencia, siempre que me

daba cuenta de la sobra de sus alas o de la luz de su aureola sobre el papel, cogía el tintero y lo arrojaba contra el Angel de la Casa. Tardó en morir. Su naturaleza ficticia lo ayudó en gran manera. Es mucho más difícil matar a un fantasma que matar una realidad. Siempre regresaba furtivamente, cuando yo imaginaba que ya lo había liquidado. Pese a que me envanezco de que por fin lo maté, debo decir que la lucha fue ardua, duró mucho tiempo, tiempo que yo hubiera podido dedicar a aprender gramática griega, o vagar por el mundo en busca de aventuras. Pero fue una verdadera experiencia, una experiencia que tuvieron que vivir todas las escritoras de aquellos tiempos. Entonces, dar muerte al Angel de la Casa formaba parte del trabajo de las escritoras”.

REFERENCIAS

Ma. Emilia Cornejo *“En la Mitad del Camino Recorrido”*. Ed. Flora Tristán.

Sigmund Freud

“Obras Completas”. Ed. Amorrortu.

“Introducción al Narcisismo” (1914)

“Duelo y Melancolía” (1917)

“El Yo y el Ello” (1923)

M. Abadi, A. Garma. *“La Fascinación de la Muerte”*. Ed. Paidós.

Germaine Guex. *“Neurosis de Abandono”*. Ed. Eudeba. Buenos Aires.

Cesare Pavese. *“El Oficio de Vivir”*. Ed. Seix Barral

Sylvia Plath

“Poemas, Traducción de Julieta Sucre”

“Muerte & Cía”

“Filo”

“La Campana de Cristal”

Virginia Wolff

“Las Mujeres y la Literatura”. Ed. Lumen. Barcelona.

“Antología de Poetas Suicidas”. Ed. Fuguz.

“Vendrá la Muerte y Tendrá tus Ojos”. Ed. De los Lunes.